

ACERCA DE LA PROCREACIÓN Y EL PODER

El siglo xx fue un periodo revolucionario para la familia europea occidental, así como para su modelo familiar exportado a otros continentes. El aumento de la longevidad elevó la durabilidad potencial y, por lo tanto, la intensidad de las relaciones conyugales y paterno-filiales. El constante descenso de la tasa de natalidad dio lugar a una familia media más reducida, más íntima y más mutuamente protectora. El capitalismo de consumo elevó el nivel de vida y creó la maquinaria capaz de incrementar la productividad del trabajo, mejoró el confort del hogar familiar así como también redujo la carga del trabajo doméstico. Finalmente, resulta innegable que el matrimonio adoptó un carácter más compenetrado a medida que los procesos conexos de la privatización, la liberación sexual y la convergencia de género redujeron la brecha en los intereses materiales y en las formas de diversión entre maridos y mujeres. Pero no todas las tendencias condujeron a una armonía y felicidad evidentes. El indicador más próximo y que mejor refleja el conflicto familiar existente reside en la tasa de divorcios, que se vio disparada –especialmente tras la Segunda Guerra Mundial– a medida que la aprobación de legislaciones más liberales en esta materia facilitó a los cónyuges infelices desembarazarse de sus cadenas. En la última década del pasado siglo, entre una tercera parte y la mitad del total de los matrimonios terminó en divorcio. A su vez, la frecuencia creciente de esta forma de finalizar la relación y la mayor visibilidad de las personas divorciadas entre la población disminuyó el estigma de no tener pareja o de ser madre o padre soltero. Esto mismo pudo haber ayudado, entre otros factores, a que los nacimientos fuera del matrimonio se tornasen socialmente menos deshonrosos. A finales del siglo xx, la maternidad en solitario emergió como una opción de vida más o menos legítima, aunque actualmente el número de familias del próspero Occidente en las que no existe un padre siga siendo mucho mayor entre las personas más excluidas de la sociedad y más económicamente desfavorecidas.

Para la mayor parte de los sociólogos, las transformaciones experimentadas por la familia occidental son producto de la penetración incesante del capitalismo industrial urbano, con sus innovaciones tecnológicas y los procesos sociales y políticos ligados a éstas. Llámese capitalismo o moderni-

zación, la conclusión final viene a ser la misma. Algunas transformaciones pueden medirse con bastante precisión utilizando datos censales, como la tasa de divorcios y de matrimonios entre la población, o los índices de fertilidad y de mortalidad, y los detalles agregados indicativos del modo de vida y de los medios de subsistencia de la población. El cambio también se expresa en la secuencia de reformas legislativas en materia de matrimonio, paternidad y ciudadanía. La mayoría de estas reformas han estado dirigidas a extender el grado de autonomía personal y los derechos individuales. Las relaciones de género se han visto especialmente afectadas por estas medidas. En términos generales, las mujeres han ganado una mayor libertad de acción y los hombres han perdido algo, si no la mayor parte, de sus antiguos privilegios patriarcales. La transformación de la familia occidental es una parte esencial de la liberación social de las mujeres. No es posible escribir o comprender la historia de la primera sin atender simultáneamente a lo segundo.

A tenor del título de su libro, *Between Sex and Power*, cabría presumir que Göran Therborn es perfectamente consciente del carácter conjunto del desarrollo de la revolución de género y de la revolución familiar en Occidente. En efecto, el título parece indicar que la familia es un factor fundamental de la distribución de fuerzas en las relaciones de género. Sin embargo, aunque la persistencia o el declive del patriarcado constituya un aspecto central de su trabajo, Therborn hace hincapié en una definición idiosincrásica del mismo que lo circunscribe a la esfera privada de la existencia. De este modo, él rechaza finamente el uso feminista ortodoxo del término, en el que el patriarcado es sinónimo de desigualdad de género, y se inclina a favor de un uso que otorga más importancia a la diferencia generacional que a la de género. Tal como él mismo lo expresa, «el significado principal del término patriarcado, tanto histórica como etimológicamente, radica en el poder paterno» y éste se reduce a la capacidad del padre para determinar la trayectoria vital de sus hijos a través de normas y de prácticas basadas en la preferencia sexual y en una desvalorización diferenciada, y del control de sus oportunidades de contraer matrimonio y de constituir nuevos hogares¹.

El poder conyugal masculino se añade de manera apretada a esta enumeración. En opinión de Therborn, «un padre poderoso también es un esposo, de modo que también por razones prácticas lógicas parece oportuno hacer extensible el concepto de patriarcado al poder de los maridos». El uso de este término con cualquier objetivo analítico más ambicioso queda excluido, o como él mismo lo expresa:

En este libro, el patriarcado no será desgajado de la familia y convertido en un sinónimo de la subordinación, la discriminación y la desventaja social de las mujeres en general. La discriminación y la desigualdad de género deberían verse como una parte de un concepto más amplio que el de patriarcado que implica la tradi-

¹ Göran THERBORN, *Between Sex and Power: Family in the World*, Londres, 2004, p. 8.

ción familiar y las connotaciones históricas de éste. Una erosión significativa, o incluso la desaparición del mismo, no conllevan necesariamente la desaparición de lo primero y, en efecto, tal como veremos más adelante, no lo han hecho².

Con estas palabras, Therborn descarta la inclusión del estudio de la igualdad de género en la historia comparada de la familia. Por ende, se apoya excesivamente en la evidencia de la reforma legislativa (derecho de familia y matrimonial) para identificar los momentos cruciales en los que el poder patriarcal afrontó los desafíos más importantes entre los años 1900 y 2000.

Se trata de un libro ambicioso. Su estudio abarca a toda la humanidad y el patriarcado es sólo uno de los tres encabezamientos que Therborn emplea como esqueleto para articular la gran cantidad de material empírico recogido de todos los continentes. Los dos restantes son el matrimonio (y la sexualidad) y la fertilidad (incluido el control de la natalidad). Podría considerarse que estos tres temas tomados en su conjunto representan las relaciones sociales de procreación, lo que sugiere, de acuerdo con la interpretación de Therborn, que la reproducción –esto es, la producción de seres humanos– es el fin primordial de la familia en tanto que institución social y el lugar donde deberían buscarse los signos de una transformación fundamental. En mi opinión, aquí reside el aspecto más atractivo de su libro.

El trabajo de sintetizar un siglo de transformaciones en los asuntos domésticos de más de seis mil millones de personas en un único tomo no puede calificarse como una tarea menor. Con la finalidad de simplificar su labor y de resumir sus conclusiones, Therborn crea un mapa de ruta geocultural que comprende los siete sistemas familiares más importantes del mundo contemporáneo. Éstos son el África subsahariana, Europa y sus colonias en el Nuevo Mundo, Asia oriental, Asia meridional, Asia occidental / Norte de África, Sudeste asiático y la América criolla. En cada una de estas zonas encontramos un sistema familiar distintivo caracterizado por valores específicos de origen religioso-filosófico como, por ejemplo, el cristianismo en Europa, el islam en Asia occidental y en el norte de África, o el confucianismo en Asia oriental. Las primeras cinco zonas poseen una mayor integridad histórica, mientras que el sudeste asiático y la América criolla son descritos como híbridos para indicar que constituyen una mezcla de prácticas y de valores culturales formados a partir de las experiencias de la esclavitud, la deportación, la conquista y la colonización.

Si tenemos en cuenta el límite de las 300 páginas que integran el libro, el recorrido global de la historia de la familia del siglo xx realizado por Therborn se halla necesariamente comprimido. Un reflejo de la magnitud del ejercicio lo constituyen las cuarenta y pico páginas de referencias bibliográficas en las que todavía es posible hallar omisiones relevantes, que no pueden reprochársele. En aras a hacer manejable su obra, Therborn se ve

² *Ibid*, pp. 8 y 9.

obligado a ligar territorios diversos y densamente poblados como si constituyesen una única entidad cultural. La experiencia europea recibe el tratamiento más pormenorizado y ocupa, al menos, el mismo espacio que la suma de las restantes zonas geoculturales. Esta diferencia podría venir justificada por el hecho de que el volumen de investigación académica es mucho más abundante respecto a Europa, porque Therborn es europeo y porque la iniciativa para escribir este libro parte de la percepción de que en la familia europea se han producido cambios revolucionarios. La sensación de velocidad en los procesos que percibimos en nuestro entorno más cercano hace emerger el interrogante sobre lo que ha estado ocurriendo en otros lugares del mundo. Sin embargo, este razonamiento no podrá aplicarse a su trabajo, ya que la afirmación empírica más importante de Therborn consiste en que la percepción de la transformación de la familia europea descrita anteriormente es una impresión falsa. En su opinión, la posposición de la edad de contraer matrimonio, el bajo índice de fertilidad, la incidencia de la familia monoparental, la alta proporción de personas solteras o de personas que viven solas, las segundas nupcias y la recomposición familiar no son fenómenos nuevos, sino rasgos inmemoriales de un ciclo muy dilatado en el tiempo y que ha estado operando en Europa durante los últimos quinientos años.

¿Es cierta esta observación? Un autor que seguramente estaría en desacuerdo con ella si hubiera vivido lo suficiente como para leer la versión definitiva del libro es Willian Goode, cuyo libro *World Revolution and Family Patterns* (1963) constituyó un primer esfuerzo, igualmente extenso, de examinar el estado de la familia global. A diferencia del trabajo de Therborn, el proyecto de Goode estaba explícitamente guiado por una cuestión teórica: ¿hasta qué punto la modernización había sido la causa de la nuclearización de la estructura y de las relaciones familiares, así como de la emergencia del individualismo? A través de una escritura cautelosa y de un empleo comedido de los testimonios empíricos, Goode no albergaba dudas acerca de que la familia nuclear estaba ganando una progresiva presencia en todos los continentes. Si bien consideraba este fenómeno como un desarrollo sumamente progresista que aumentaba la autonomía tanto de los hombres como de las mujeres, también estaba convencido de que las necesidades de la familia siempre tendrían prioridad en la vida de las mujeres adultas, de modo que la plena igualdad de género se presentaba como algo inconcebible. Probablemente en esta afirmación estaba equivocado. Pero no así en el hecho de que el destino de la familia moderna dependería de la futura trayectoria de la igualdad de género.

En las primeras páginas del libro, Therborn hace un alto en su camino para hacer constar tanto su deuda como su distancia respecto a William Goode. Rechaza su análisis teleológico de la modernización y argumenta –en palabras de John Gillis– que «el modelo de familia presente en el mundo, en lugar de homogeneizarse se ha tornado más complejo y diverso». La modernización ha dejado de ser un concepto legítimo para la generación actual de estudiosos de la familia, y esto tal vez explique la relación ambivalente de

Therborn hacia el antiguo maestro de la sociología de la familia. Desde la época en que fue publicada la *magnum opus* de Goode, la emergencia de la historia de la familia como una disciplina consciente de sí misma ha dificultado sumamente a los sociólogos emprender grandes proyectos de síntesis. Quizá descansa aquí una de las razones del aparente desinterés de Therborn por medirse con las implicaciones teóricas de las evidencias empíricas que reúne. A pesar de que la ausencia de cuestiones teóricas sólidas y de que el modo de presentación discursiva dificultan el desarrollo de un sentido global de un libro de tan amplio alcance, trataré de ofrecer un resumen ajustado del mismo antes de plantear una serie de cuestiones críticas sobre el enfoque de su autor y sobre sus conclusiones.

Patrones de cambio

La primera de las tres partes en que se divide el libro *Between Sex and Power* explora el declive o la persistencia del privilegio patriarcal. El análisis global de Therborn es pesimista, ya que durante el último siglo únicamente en Europa, en su diáspora y en algunas áreas de Asia oriental se ha producido cierto progreso. En su opinión, es posible distinguir tres momentos cruciales en los que el patriarcado se ha visto desafiado con éxito. Dos de ellos estuvieron ligados cronológica, aunque nada indica que causalmente, a la agitación feminista. El primer ataque se produjo en el norte de Europa, concretamente en Escandinavia, con su precoz abrazo del «divorcio sin culpabilidad» (en Suecia ya en 1915, antes de que las mujeres obtuvieran el derecho al voto) y en Rusia, con el programa bolchevique dirigido a reeducar y a liberar a las mujeres y simultáneamente a debilitar los sentimientos de afinidad y los compromisos familiares que pudieran diluir la lealtad ciudadana hacia el Estado. Para señalar el segundo envite al patriarcado, Therborn escoge Japón bajo la ocupación estadounidense, nada más finalizar la Segunda Guerra Mundial, y China en el periodo fundacional de la República Popular. El tercer movimiento concertado contra el patriarcado tuvo un alcance más global y se articuló alrededor de la *Década Internacional de la Mujer*, patrocinada por la ONU entre 1975 y 1985, que sirvió para impulsar la realización de una serie de informes sobre el *status* de las mujeres (en su mayor parte en los países desarrollados) y que colocó en la agenda política la eliminación de la discriminación sexual. Las mujeres occidentales fueron las principales beneficiarias de la subsiguiente legislación dirigida a promover la igualdad de género en la educación y en el empleo. A pesar del discurso global contemporáneo sobre los derechos humanos y del compromiso formal de los Estados miembros de la ONU con la promoción de la igualdad de género, Therborn concluye que a finales del siglo xx el patriarcado continuaba siendo un poderoso principio de organización social: «La larga noche patriarcal de la humanidad toca a su fin, pero todavía el sol sólo se asoma para una minoría»³.

³ *Ibid.*, p. 130.

En la parte central del libro se exploran los cambios acaecidos en el matrimonio y su relación con la regulación de la sexualidad. En este punto, la principal conclusión descansa en que los cambios no son muy numerosos y en que lo ocurrido responde más a un proceso cíclico que a una mutación irreversible. Hasta Europa se ajusta a este patrón. Therborn encuentra que de manera dominante el matrimonio todavía constituye el *status* profesional vitalicio para las mujeres en la mayor parte de las zonas geoculturales indicadas y que la edad de celebración del matrimonio sigue siendo baja en términos relativos, en sintonía con lo que conocemos de la experiencia pasada. La excepción histórica es Europa occidental. En opinión de Malthus, el matrimonio a una edad avanzada y la tolerancia con el hecho de permanecer soltero, o soltera, constituyeron un prudente control preventivo que ahorró a la población europea tener más niños de lo que su economía hubiera podido asumir. A partir de 1960, los especialistas en el estudio de la familia ganaron una mayor conciencia de la singular cultura reproductiva europea principalmente gracias a la investigación histórico-demográfica iniciada en Cambridge bajo la dirección de Peter Laslett. A pesar de no ser aceptada de modo unánime, esta investigación propuso la idea de que el sistema adaptativo de celebración de matrimonios y de constitución de hogares existente en Inglaterra fue en sí mismo un elemento cultural clave en los orígenes del capitalismo, porque integraba un mecanismo que posibilitaba abrir y cerrar el flujo de población que facilitaba, de este modo, lo que los actuales economistas (en el pasado todos eran demógrafos) denominan mercados laborales flexibles.

Therborn detecta que, en Europa, la oscilación entre matrimonios tardíos y matrimonios jóvenes se ajusta a un modelo cíclico que responde a fluctuaciones en el crecimiento económico cuyo inicio se sitúa en el siglo XVIII y que se prolonga hasta el siglo XX. Sin embargo, su interpretación quizá subestime extremadamente la influencia de algunos acontecimientos excepcionales que incidieron en la tendencia subyacente a largo plazo. En la primera mitad del siglo XX, el desarrollo del ciclo de las tendencias europeas se vio marcadamente afectado por las alteraciones demográficas originadas por las dos guerras mundiales que aceleraron el ritmo de la secuencia aumento-descenso. La matanza de aproximadamente entre el 15 y el 30 por 100 de la población masculina joven de los países combatientes durante la Primera Guerra Mundial hizo estragos en los mercados matrimoniales europeos, provocó que la fertilidad de las mujeres nacidas en los albores del siglo XX se redujera a niveles desconocidos hasta entonces. Como reacción, los gobiernos europeos del periodo de entreguerras hicieron todo lo posible para detener el avance del movimiento a favor de la planificación familiar y prohibieron la difusión de literatura sobre el control de la natalidad, así como la venta de anticonceptivos. El temor al declive demográfico remitió durante la década de 1950 a medida que el *baby boom* de la era posbélica comenzaba su despegue en medio de la búsqueda generalizada de la tranquilidad del hogar que sucedió al fin de las hostilidades.

La era de prosperidad para la clase obrera vivida durante la década de 1950 hizo descender la edad media de contraer matrimonio a mínimos descono-

cidos hasta entonces en Occidente. El ejemplo más extremo se registró en Estados Unidos, donde durante la década de 1960 el 70 por 100 de las mujeres en la franja de edad comprendida entre los 20 y los 24 años estaban casadas. En 1900, a esa edad sólo el 47 por 100 estaba prometida. Pero una década es mucho tiempo para la demografía moderna. En una sola generación –e, indiscutiblemente, con la ayuda de la píldora, que selló más sólidamente la separación entre el sexo y la procreación– las reglas respecto a la edad de lo que Therborn califica como el matrimonio industrial (el hombre como sostén y la mujer como ama de casa) fueron abandonadas y los jóvenes comenzaron a experimentar con la cohabitación y / o la soltería en una proporción significativa. Desde 1970, en Europa, la edad de iniciación sexual y la de contraer matrimonio han tomado sistemáticamente direcciones opuestas, han causado que actualmente la maternidad posindustrial se produzca en un momento más avanzado del periodo fértil de una mujer. A su vez, este hecho ha desencadenado un espectacular efecto dominó que ha repercutido en la tasa de natalidad. Japón describe tendencias análogas, si bien en este país existe un mayor control social de la sexualidad (la píldora estuvo eficazmente prohibida hasta no hace mucho tiempo).

¿La procreación está en declive?

Esto nos lleva a la última parte del libro de Therborn, en la que se analizan las causas y las consecuencias demográficas del control de la natalidad mediante el uso de alta tecnología. Nuevamente, Europa se encuentra en el primer plano de su atención. A lo largo del siglo xx, las mujeres occidentales inauguraron una nueva aproximación a la planificación familiar. Mientras en el pasado el tamaño de la familia se regulaba mediante reglas basadas en un comienzo tardío o en un abandono temprano de las relaciones sexuales, cuya eficacia venía reforzada por un número indeterminado de abortos, infanticidios y de niños abandonados, actualmente contamos con medios que permiten a las mujeres gestionar su fertilidad con mucha mayor precisión. Las nuevas tecnologías anticonceptivas y las nociones de los derechos reproductivos han transformado la conexión entre las relaciones sexuales y la procreación, aunque el acceso tanto a los medios como a un entorno donde puedan ser utilizados sea desigual a escala global. En Europa, el avance de los derechos reproductivos tiene enormes implicaciones en la tasa de natalidad. Las naciones, las culturas, o las comunidades étnicas únicamente sobreviven en la medida en que se reproducen y en tanto que las mujeres son las únicas equipadas con los medios fisiológicos necesarios para la producción de nuevos seres humanos, son ellas las que pueden decidir si mantener o no el flujo de población actual. Regenerar un número tan elevado de seres humanos a un nivel estable supone una responsabilidad considerable (puesto que exige una gran dedicación de tiempo). Incluso en las circunstancias más propicias, cada mujer adulta debe producir al menos dos niños porque la mitad de su descendencia será masculina y, por lo tanto, dependiente de otros seres humanos para duplicarse. Si las mujeres pierden el entusiasmo por la procreación, o si se limi-

tan a tener un hijo cada una, sus comunidades se vendrán abajo en cuestión de tres o cuatro generaciones; así de rápido.

Actualmente, algunas de las naciones más ricas del mundo encaran directamente este destino. Therborn documenta esta tendencia y nos recuerda que en estos momentos las tasas de natalidad reinantes en ciertas partes de Europa y en Japón se encuentran bastante por debajo de un nivel óptimo para garantizar el reemplazo de la población, lo que hace que estas regiones acusen una trayectoria de declive demográfico más o menos acelerado. En su opinión, no se trata de una tendencia irreversible, pero quizá subestime la fuerza a largo plazo de los movimientos culturales. Con independencia de cuál sea el desenlace definitivo, las evidencias del declive de la fertilidad apuntan de lleno al corazón del poder social de las mujeres en la era moderna. Si ellas persisten en contener esta forma fundamental de trabajo social, deberemos hacer frente a profundas consecuencias.

El ritmo del futuro declive demográfico que ha comenzado en Europa variará de una nación a otra en función del modelo de política social adoptado, pronatalista o antinatalista, y de su éxito para estimular o reprimir el deseo materno contemporáneo. En el momento de escribir estas páginas, las cosas no parece que vayan bien para la supervivencia de las naciones más ricas del mundo. Por citar un ejemplo, si la tasa de fertilidad alemana (actualmente en torno al 1,3) se mantiene a lo largo del próximo siglo, la población se reducirá de 82 millones a 14 en 2090. Revertir esta tendencia no será fácil. Requerirá mucha más innovación política imaginativa por parte de los gobiernos europeos para recompensar económica y socialmente a las mujeres por el hecho de alumbrar y de criar hijos. Irónicamente, tal como Esping-Andersen ha señalado, los Estados del bienestar familistas fundados por la Democracia Cristiana han tenido mucho menos éxito en este punto que las socialdemocracias individualistas escandinavas⁴. Al día de hoy, esos países registran algunas de las tasas de natalidad más bajas que se conocen; la perspectiva del «suicidio de la raza» alimentada por los primeros nacionalistas del siglo xx actualmente se está viendo plasmada en estadísticas y a una velocidad que deja muy atrás las peores pesadillas de 1900.

Therborn señala los dos periodos históricos en que se han producido los descensos más acusados en la tasa de fertilidad. Las fechas del primer periodo se sitúan entre 1880 y 1930, y su ámbito de incidencia se circunscribe a la zona europea. El segundo periodo transcurre entre los años 1965 y 1995 y comprende el resto de su mapa de ruta excepto África y Oriente Próximo. Hay un interesante paralelismo inverso entre ambos momentos. En Europa occidental, el primero está relacionado con la capacidad de invención del individuo ante unos valores morales hostiles y una legislación represiva, ya que fue la gente corriente la que tomó la iniciativa espoleada por pensado-

⁴ Gösta ESPING-ANDERSEN, *Social Foundations of Postindustrial Economies*, Oxford, 1999, pp. 67-70.

res radicales como la singular Annie Besant, cuyo célebre juicio por distribuir literatura sobre contracepción sirvió como una eficaz campaña mediática. En el segundo periodo señalado, ocurrido un siglo más tarde, el estímulo arrancaba de instancias superiores. En este caso, tanto las agencias internacionales como los gobiernos nacionales ejercieron presión sobre la población para hacer descender la fertilidad, proporcionaron anticonceptivos a familias determinadas y en ocasiones recurrieron a políticas como la esterilización forzosa, que claramente suponía una privación de los derechos reproductivos.

En efecto, el futuro de la familia se ha visto afectado de manera extraordinaria por una de estas intervenciones «desde arriba». La política china del hijo único revela espléndidamente que el control de la natalidad moderno contiene un mecanismo lógico para la destrucción del patriarcado, tal como es definido por Therborn. La ejecución implacable de esta política en las zonas urbanas de China hizo descender la tasa de natalidad de 5,8 a 2,3 en sólo una generación y revertió eficazmente las reglas que dictaban la veneración a los ancianos. Actualmente, la mayoría de los chinos que habitan en zonas urbanas se crían como hijos únicos, con padres que les adoran y que no escatiman en gastos para su progreso. El mismo fenómeno había sido observado anteriormente en Occidente como parte de un proceso que Zelizer acuñó como «la emergencia del niño de valor incalculable»⁵. Pero en China la rapidez y la escala a la que se ha producido la transformación resulta verdaderamente revolucionaria. Asimismo, esto tiene una inmensa repercusión en el aumento de la igualdad de género, como todos los expertos en política social chinos se apresuran a señalar.

Las consecuencias sociales subyacentes a esta política demuestran la eficacia de la confianza de Therborn en los datos demográficos para cartografiar la trayectoria del cambio experimentado por la familia durante el siglo xx. Estos datos muestran que la nueva cultura china acerca de la procreación patrocinada por el Estado dispone los cimientos, aunque de manera no intencionada, para una renovación revolucionaria de su sistema familiar, del que acabarán desapareciendo las relaciones fraternas (hermanos, hermanas, tíos y tías). Resulta difícil de imaginar de qué modo puede alcanzarse una transformación de esta envergadura si no es mediante la acción de un potente gobierno totalitario capaz de no dispensar la menor consideración a los impulsos reproductivos de la gente corriente. En definitiva, este caso podría avalar la opinión de Therborn de que «el comunismo internacional desempeñó un papel crucial, si no preponderante», en el intento de erradicar el patriarcado durante el siglo xx; pero las presiones coercitivas que ha sido necesario ejercer para imponer la política del hijo único seguramente no son a lo que Therborn se refería al indicar que el comunismo había sido el elemento más influyente del pasado siglo en la disolución del patriarcado⁶.

⁵ Véase Viviana ZELIZER, *Pricing the Priceless Child: The Changing Social Value of Children*, Princeton, 1985.

⁶ Göran Therborn, *Between Sex and Power: Family in the World*, cit., p. 76.

Durante los últimos veinticinco años del siglo xx, la mayoría de los países que la ONU califica como países «en vías de desarrollo» han experimentado un descenso en la tasa de natalidad. Therborn cita un cálculo estimativo realizado por la UNDP [Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo] en 2002, que revelaba una disminución media del 40 por 100 –equivalente a una reducción de 2,3 niños por cada mujer, de 5,4 a 3,1– entre 1970 y 1995⁷. Entretanto, las tasas de natalidad de la mayoría de las naciones desarrolladas comenzaron a descender nuevamente, en esta ocasión hasta registrar mínimos desconocidos hasta entonces y que actualmente se encuentran bastante por debajo del nivel necesario para mantener el volumen de población. El declive de la fertilidad no se detendrá durante las próximas décadas, pero todavía quedan muchos años para que podamos percibir su impacto en la demografía global. Se prevé que el crecimiento actual de la población, tal como fue descrito por McKeown, alcance su punto máximo durante el último tercio del presente siglo, en que sobrepasará los nueve mil millones de personas⁸. Para entonces la transición demográfica se habrá completado más o menos en todos los continentes, si bien el destino de África continúa siendo incierto.

La persistencia del patriarcado

Between Sex and Power no brinda un análisis exhaustivo del estado de la familia como institución social a finales del siglo xx. Tampoco intenta explorar el terreno tradicional de la sociología al analizar la solidez de los afectos y de los compromisos familiares, la relación entre la familia y la economía, la prolongación de la importancia de la familia en la socialización de los niños, o su papel en la transmisión del capital económico y cultural. Lo que sí hace, y aquí descansa la fuerza principal de su trabajo, es arrojar luz sobre la acusada relación cronológica entre las tendencias en materia de igualdad de género y en cuanto a la disposición de las mujeres a cumplir con el trabajo familiar de acuerdo con los parámetros tradicionales. En la medida en que las relaciones sociales de procreación se sitúan en el centro de su marco de referencia para calibrar las transformaciones experimentadas por los sistemas familiares, Therborn alumbraba una de las conclusiones más impactantes de su libro, a saber, que los europeos están perdiendo el deseo de reproducirse.

Asimismo, hay que lamentar que Therborn renuncie a la oportunidad de teorizar la relación entre la familia –esto es, el marco institucionalizado para la procreación– y el campo más extenso de la economía y de la organización política. Si no se trazan estas conexiones con fuerzas económicas y sociales más amplias, no puede aspirarse a ofrecer un análisis adecuado de la historia de la familia o a explicar su incapacidad actual para mante-

⁷ *Ibid.*, p. 236.

⁸ Thomas MCKEOWN, *The Modern Rise of Population*, Londres, 1976.

ner la vitalidad de la población en Europa. La fuerza más inmediata y más importante en esta tendencia es el *status* cambiante del sexo facultado para dar a luz. Sin embargo, Therborn no está interesado en debatir sobre la relación entre la desigualdad de las mujeres y el trabajo reproductivo de las mismas. Aparte de una fricción inicial con Sylvia Walby, que señalaba la presencia de estructuras patriarcales en al menos seis esferas de la vida social y en concreto descarta la idea de que la edad y la generación incidan de algún modo en su funcionamiento, él es demasiado respetuoso con el canon feminista y evita el terreno intelectual en el que se encuentran la biología y la sociedad. El hecho de circunscribir el patriarcado al poder familiar hace que su libro únicamente pueda ofrecer una visión muy limitada de cuándo y cómo éste se ha visto desafiado. El argumento de que durante el siglo xx el comunismo fue el factor «preponderante» en este proceso es el aspecto más endeble de todo el libro y pone de manifiesto el problema analítico de separar las relaciones sociales de procreación de las relaciones sociales de producción social, así como del *status* social y político de las mujeres en general.

El comunismo no consiguió liberar a las mujeres ni dentro ni fuera de la familia. Primero, los bolcheviques estaban más concentrados en hacer desaparecer a la familia que en frenar el poder y los privilegios de los hombres en la esfera doméstica. El proletario –que empuñaba la hoz y el martillo– era su héroe simbólico y se abstuvieron de adoptar cualquier política relevante que fuera susceptible de romper las reglas de la desigualdad de género en el seno de la vida doméstica. Efectivamente, la desaparición del patriarcado no puede alcanzarse a través de medidas legislativas adoptadas por decreto. Tampoco puede ser impuesta por un conquistador benevolente como el general MacArthur sobre una población que no ha sido previamente preparada para ello. Therborn parece no confiar en el papel de la acción humana en la progresiva erradicación de la moralidad premoderna y, por ende, tampoco puede creer en el papel preeminente que las relaciones sociales capitalistas han desempeñado necesariamente en el asentamiento gradual de las bases que han permitido la paulatina disminución de las formas tradicionales de dominación moral.

El siglo xx abrió dos caminos para la desaparición de las prerrogativas y de las prácticas patriarcales. El camino más lento, el primero –acertadamente previsto por Marx–, implicó la penetración progresiva de la vida social por la forma mercancía conjuntamente, y en conexión, con la formulación de las ideologías liberales. Este camino desembocó en un cambio más auténtico y duradero porque produjo una transformación irreversible de las expectativas de las personas corrientes y las convirtió en agentes de su propia liberación. El segundo camino era más rápido y, en ciertos casos, más visiblemente coercitivo. Suponía el ejercicio despótico o ilustrado de poderes públicos para la redefinición de las normas de vida cotidiana mediante mecanismos de aplicación más o menos efectivos. El comunismo tomó esta ruta y la fragilidad de sus efectos se hace patente por el hecho de que las élites gobernantes encontraron igualmente simple invertir las anteriores reformas cuando más tarde así lo exigió la ocasión.

El énfasis de Therborn en que el patriarcado es el poder de los padres sobre los hijos –y, por extensión, de los maridos sobre las esposas– y su excesiva concentración en el campo de las reformas legislativas, si se ignora el papel que han desempeñado en el proceso de disolución de los modelos de vida premoderna cambios sociales y económicos más amplios, no será de utilidad en ningún lugar de los señalados en su mapa de ruta. Su limitada utilización del término no sólo brinda una parca explicación de lo ocurrido en Occidente, sino que tampoco cobra sentido cuando se analiza el resto del mundo, donde «la noche del patriarcado aún no ha concluido». En estos lugares, el patriarca no es simplemente un padre, sino una figura comunal, un guardián de la moralidad tradicional y, como tal, un poderoso agente de control social. Y cuánto más nos alejemos de los centros del modelo de vida urbana industrial más especialmente cierta se torna esta afirmación. A continuación se recoge la crónica reciente del castigo a un crimen contra el honor que en junio de 2002 se saldó con la violación de una mujer llamada Muchtaran Bibi por un grupo de hombres que cumplía las órdenes de un *panchayat*, el consejo tribal constituido por los ancianos del pueblo, en la remota aldea punjabí de Meerwala. El motivo de su castigo se encontraba en una acusación sin pruebas dirigida contra su hermano, de 12 años de edad, por haber mantenido supuestamente una aventura con una mujer perteneciente a una casta superior. En palabras del periodista de *The Guardian*:

Ante la mirada de cientos de personas, cuatro hombres la arrastraron a gritos por un campo de algodón. La empujaron al interior de una casa de paredes de adobe y la agredieron durante más de una hora. Cuando más tarde salió de la casa su ropa estaba rasgada. Su padre y su hermano, que habían sido obligados a esperar fuera durante el calvario, la cubrieron con un chal y la ayudaron a llegar a casa. Los días siguientes a la agresión, su primer impulso la llevaba al suicidio. «En esta zona, no existe la ley ni la justicia. A una mujer sólo le queda una opción, y es morir», decía⁹.

Resulta difícil encuadrar este ejemplo práctico de patriarcado en la utilización restrictiva del término recomendada por Therborn en un estudio que afirma abarcar a toda la humanidad. En casos como éste, resulta indiscutible que el poder patriarcal supera ampliamente el círculo de cada familia concreta. Los ancianos de la aldea están investidos de él y se ejerce en interés de la moralidad de la comunidad. Su principal víctima (real y simbólica) es la mujer. El calvario de Mukhtaran expresa una situación en la que no existe una frontera clara entre las esferas pública y privada, y en la que la definición del patriarcado no puede circunscribirse a una concepción moderna de la familia como una corporación privada. Asumir que la frontera entre lo público y lo privado puede trazarse con cierta precisión revela una tendencia eurocéntrica en el enfoque de Therborn. Esta asunción también resulta cuestionable en Europa, ya que ignora la economía de la procreación humana y la articulación de las relaciones sociales de procreación con los medios de vida.

⁹ *The Guardian*, 4 de marzo de 2005.

Es sumamente engañoso creer que las relaciones de poder dentro de la familia en comunidades no modernizadas pueden abordarse desde una perspectiva forjada en Occidente o en las oficinas de Naciones Unidas.

Finalmente, pues, el rechazo de Therborn a practicar una sociología basada en la síntesis, siguiendo los pasos de Goode, le impide extraer todas las implicaciones de las evidencias que él mismo ha reunido tan meritoriamente. Su énfasis en que las cosas no han cambiado de manera tan radical, ni siquiera en Occidente –como demuestra, por ejemplo, el hecho de que en Inglaterra el índice de personas solteras o que viven solas haya permanecido inalterado ante proporciones correlativas de la población entre 1500 y 1700–, pasa por alto las enormes diferencias de género existentes en ambas épocas. A pesar de la tesis de la repetición de un ciclo demográfico defendida por Therborn, las tendencias a largo plazo entre mujeres cuyas identidades y ambiciones están impregnadas de la cultura capitalista contemporánea no parece que vayan a revertir. A menos que se produzca una reforma social verdaderamente radical, los gobiernos europeos no tendrán fácil crear los incentivos necesarios para mantener la vitalidad de la nación, independientemente de lo que las mujeres cuenten a los encuestadores acerca de su deseo de tener más hijos. El trabajo de producir la siguiente generación exige sacrificarse demasiado en sociedades en las que el bienestar económico y la estima personal únicamente se sostienen gracias a una retribución adecuada y a un empleo asalariado. Así, pues, parece probable que el nuevo siglo asistirá a una enorme redistribución global de las nacionalidades. En 1900, Europa congregaba a la cuarta parte de la población mundial; a tenor de las tasas de fertilidad actuales, esta cantidad se reducirá a menos de una décima parte en 2100. Si utilizásemos la terminología bíblica, podríamos decir que los mansos están en camino de heredar la tierra. Los mismos europeos que han dedicado el último par de siglos a expoliar a otras culturas y a imponer su forma de vida a otros pueblos, verán reducido su número tanto en términos relativos como en términos absolutos.

La documentación de los aspectos demográficos arroja las evidencias más sorprendentes de todo el material reunido por Therborn. Su libro hace hincapié en las estrechas conexiones existentes entre la disolución del patriarcado en todas las esferas de la vida y la tasa de natalidad. Las consecuencias previstas del declive de la población en Europa suponen una demostración muy efectiva de que el trabajo desempeñado por las mujeres en la familia desde tiempos inmemoriales constituye la labor social más importante de todas las existentes; literalmente, supone el mantenimiento de la vitalidad de la sociedad. El hecho de que las mujeres europeas ya no estén dispuestas a cumplir con este trabajo revela que ante la ausencia o bien de mecanismos coercitivos o bien de una compensación material o de un reconocimiento cultural adecuados, a largo plazo, la reproducción se está convirtiendo en el talón de Aquiles de las comunidades que abrazan la forma de vida capitalista.